

## CRÁNEO DE LA ISLETA

Inventario: 1853.

Clasificación genérica: Restos humanos.

**Descripción:** Cráneo de hombre adulto cuya edad puede situarse por encima de los 25 años (fig. 1). Son de destacar los problemas de salud dental y los traumatismos que afectan a diferentes áreas del cráneo. Por lo que a la primera cuestión se refiere, esta persona perdió en vida seis piezas dentarias (en el maxilar, primeros incisivo y molar derechos, así como primer y segundo molares izquierdos; en la mandíbula, primer y segundo molares derechos). La corona del tercer molar inferior izquierdo se encuentra destruida como consecuencia de una caries, quedando expuesta la cavidad pulpar (fig. 2). Los alveolos de los cuatro premolares superiores están afectados por fístulas. En las piezas que se conservan se aprecia la presencia de depósitos de sarro y desgaste que ha dejado en muchos casos la dentina expuesta. A todo ello hay que sumar la presencia de periodontitis.



Figura 1. Cráneo de hombre adulto procedente de la necrópolis de La Isleta.



Figura 2. Caries en el tercer molar de la mandíbula, que provocó la destrucción de la corona.



### El Museo Canario: un museo vivo

En cuanto a las lesiones óseas, en el parietal derecho se documenta un traumatismo contuso, deprimido y cicatrizado, de morfología circular (11,4 mm de diámetro). En la región derecha del frontal se localizan otros dos, de morfología irregular (8,17 y 7,2 mm de longitud máxima respectivamente). También se observa una fractura nasal cicatrizada, que originó un importante desplazamiento del hueso.

**Contexto cronocultural:** Periodo prehispánico de Gran Canaria.

**Procedencia:** Necrópolis de túmulos de La Isleta (Las Palmas de Gran Canaria, Gran Canaria).

**Datación:** 992-1154 d. C.

**Comentario:** Este cráneo corresponde a un hombre que formó parte de la sociedad de los antiguos canarios. Por el análisis radiocarbónico de un fragmento óseo, sabemos que su vida transcurrió en algún momento comprendido entre los últimos años del siglo X y la primera mitad del XII (fig. 3). Se trata de unas fechas en las que, además de las cuevas funerarias, en la isla estaban también en uso las necrópolis tumulares como la de La Isleta, hoy desaparecida y en la que este individuo fue depositado.

Los cementerios de túmulos constituyen un fenómeno sepulcral acotado en el tiempo. A partir de las dataciones disponibles, podemos afirmar que su aparición tuvo lugar entre finales del siglo VII y el siglo VIII, y que su uso no se extendió más allá del siglo XII, por lo que esta persona pertenecería a las últimas generaciones que fueron enterradas en tales recintos. El abandono de esta modalidad sepulcral se enmarca en unos momentos de profundos cambios en la vida de los canarios, que se registran en el ámbito de su economía, en la manera de relacionarse sus miembros y en la esfera de las ideologías. En este periodo de transición vivió este hombre procedente de La Isleta.

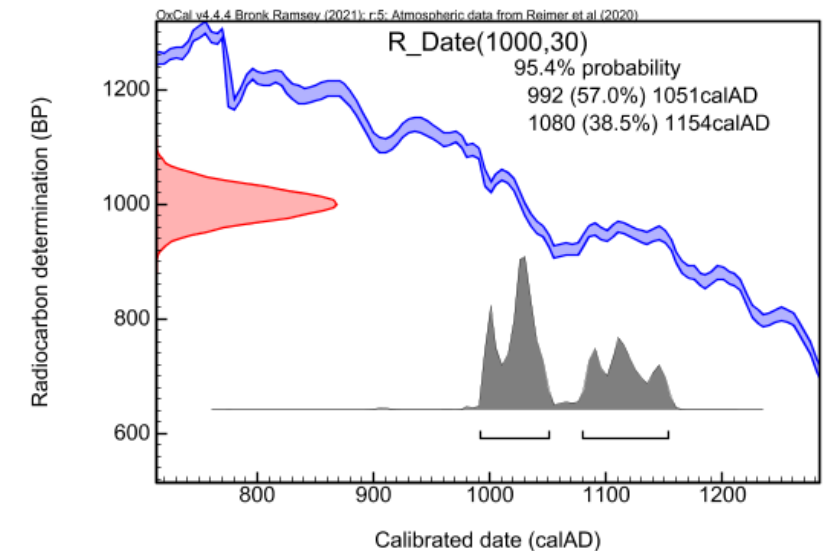


Figura 3. Datación calibrada del cráneo. La fecha se obtuvo mediante datación por radiocarbono a partir de un pequeño fragmento de hueso tomado de la base del cráneo, que fue procesado en el laboratorio Beta Analytic. La datación se llevó a cabo en el marco del proyecto «Tras las huellas del tiempo. Lecturas radiométricas en la arqueología de Gran Canaria», desarrollado en el año 2020 y financiado por la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias.

Al calor de lo comentado, surge una serie de interrogantes: ¿cómo puede explicarse la aparición de esta práctica funeraria en momentos avanzados del poblamiento?, ¿qué características reviste?, ¿qué nos cuenta de la sociedad que la adoptó? y ¿por qué cae en desuso?

### Las necrópolis tumulares de Gran Canaria

El término «túmulo» designa una sepultura conformada por una cista o contenedor de piedra en cuyo interior se deposita al difunto. Sobre este receptáculo se dispone una construcción pétreo cuya tipología, en la isla, varía en formas y tamaños, pudiendo abarcar desde un amontonamiento de





### El Museo Canario: un museo vivo

pedras hasta estructuras troncocónicas con distintos grados de complejidad. Estas diferencias en la monumentalidad y arquitectura exteriorizan una evidente jerarquización de los depósitos sepulcrales, asimetrías que también se marcan mediante la disposición de las tumbas y la manera en la que se articulan entre sí, lo que confiere una indudable preeminencia a algunas de ellas. Son mayoritariamente individuales, documentándose unos pocos casos de sepulturas dobles.

Los espacios seleccionados para su localización singularizan a las necrópolis tumulares, pues se erigen en áreas de malpaís o de derrubios, lugares visualmente destacados y paisajísticamente diferenciados del entorno.

A todo ello se añade la entidad que llegan a alcanzar, al reunir varios centenares de sepulturas, con cifras que en algún caso superan el millar, como sucede en la necrópolis de Arteara, lo que las convierte en los mayores cementerios aborígenes de Gran Canaria. A diferencia de lo que sucede con las cuevas funerarias o con los posteriores cementerios de cistas y fosas, siempre en estrecha proximidad a un poblado, las necrópolis tumulares no se asocian claramente a núcleos de población concretos. Este hecho y sus dimensiones han llevado a plantear que pudieron funcionar como espacios que congregarían a los difuntos de diferentes comunidades. Sin embargo, no todos tuvieron cabida en ellos, pues los sujetos de edades más cortas, aquellos que murieron en torno al momento del nacimiento, no fueron aquí depositados.

Por todo lo señalado, se trata de necrópolis que dan lugar a auténticos paisajes funerarios, con una enorme carga simbólica.

En lo que se refiere a los cuerpos aquí depositados, se observa el mantenimiento de las pautas registradas en los ámbitos de cueva: los

cadáveres se disponen en decúbito supino extendido y envueltos en mortajas de piel y/o junco, de las que en ocasiones se preservan algunos fragmentos.

Lo cierto es que estos cementerios tienen una profunda raigambre norteafricana. Las construcciones tumulares constituyen el tipo de enterramientos preislámicos más común en el Sahara y parte del Magreb. Sin embargo, si atendemos a la implantación cronológica de la práctica tumular en la isla de Gran Canaria, no parece que nos encontremos ante una tradición funeraria llegada con los primeros pobladores en los inicios de la era. Al someter las dataciones disponibles para tales necrópolis a un modelado bayesiano de fase, encontramos que el inicio de este fenómeno se sitúa entre el 693 y el 844 d. C., y el final entre 1037 y 1173 (fig. 4). Es decir, no aparecen hasta el final del siglo VII y su uso se extendería hasta los siglos XI-XII d. C., fecha tras la cual no parecen tener continuidad. Con los datos disponibles puede afirmarse que no se está ante una práctica introducida por los primeros pobladores de la isla, pues su aparición no tiene lugar hasta unos cinco siglos después del evento colonizador. Esta distancia temporal y la raíz norteafricana de la arquitectura tumular llevan a vincular su aparición con un proceso de llegada de nuevas gentes desde el norte de África a la isla (Alberto *et al.*, 2021).

Estas necrópolis representan una ruptura drástica con respecto a los recintos funerarios en cuevas que hasta finales del siglo VII monopolizaban la práctica funeraria, y cuya naturaleza colectiva semeja reforzar una identidad comunitaria bastante alejada de la individualidad expresada en la nueva realidad tumular. Efectivamente, frente al concepto de cueva colectiva como contenedor compartido por el conjunto de integrantes de una comunidad, en el que la individualidad del difunto parece diluirse en el grupo, la nueva arquitectura tumular se define por el empleo de tumbas individuales que marcan y exhiben asimetrías entre sí como manera de legitimar y reforzar la posición y preeminencia de determinados miembros de la sociedad. Las



### El Museo Canario: un museo vivo

desigualdades, por tanto, se visibilizan y se refuerzan a través de la práctica ritual desplegada en torno a la muerte, remitiéndonos a un contexto de relaciones sociales asimétricas, en el cual se desarrolló la vida de la persona que protagoniza esta Pieza del Mes.

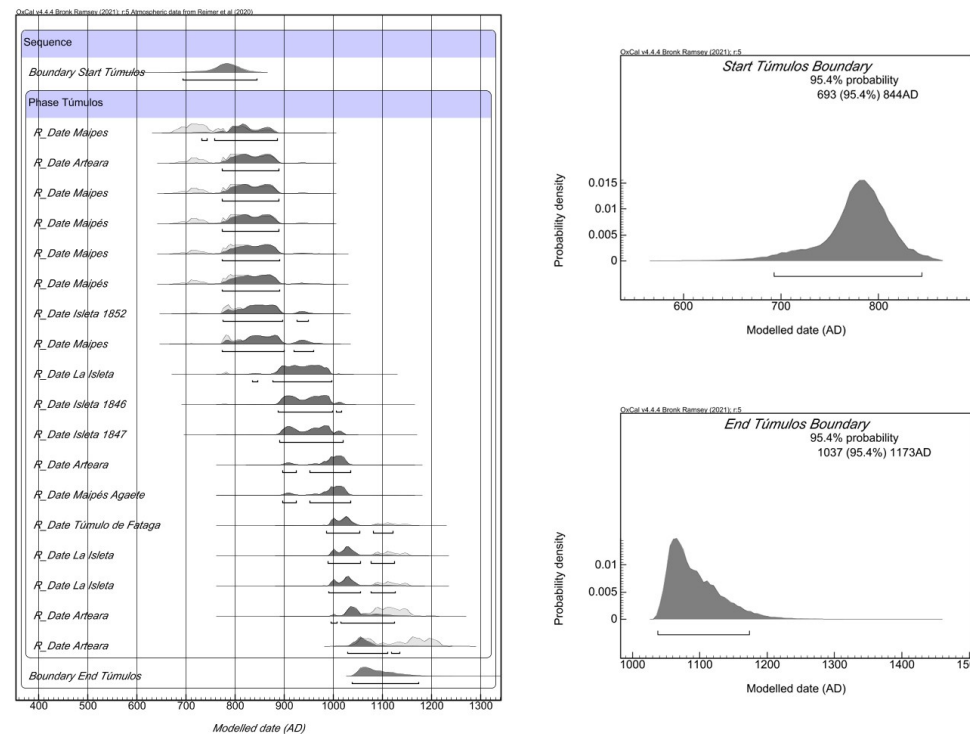


Figura 4. Modelado bayesiano de fase del conjunto de dataciones radiocarbónicas disponibles para las necrópolis de túmulos, con estimación del intervalo de inicio (arriba) y fin (abajo) de la actividad tumular (OxCal v4.4). Este análisis estadístico permite apreciar cómo el fenómeno tumular tiene un desarrollo temporal muy concreto, sin que existan precedentes en fechas anteriores al siglo VII.

El momento en el que tiene lugar el surgimiento de esta práctica sepulcral, entre finales del siglo VII y el siglo VIII, se inscribe en un ámbito cronológico en el que se documentan otros cambios, de los que un ejemplo es el

surgimiento de nuevos asentamientos instalados en entornos con mayor cantidad de tierras agrícolas. También de esas fechas datan los graneros de mayor antigüedad en la isla, integrados en poblados de cuevas como los de La Fortaleza (Santa Lucía de Tirajana) o La Montañeta (Moya). Todo ello parece apuntar a un incremento de la importancia de la agricultura en la economía y la subsistencia de los canarios. En definitiva, todos estos cambios serían frutos de procesos endógenos a los que pudo coadyuvar la llegada de nueva población desde el cercano norte de África.

### La necrópolis de La Isleta

Algunas de las necrópolis tumulares aborígenes no han llegado hasta nuestros días, como sucede con la que se levantaba en el malpaís de La Isleta y de la que procede el cráneo. Las primeras referencias que se tienen de ella las aporta el texto de Gómez Escudero, al aludir a la reutilización que la población de la época hacía de los elementos de madera procedentes de casas y túmulos aborígenes de la zona: «a los demás ponían en los malpaís o piedras de volcán, haciendo hoyos en las piedras y cubríanlos con un montón de ellas como torreoncillo, que hoy se hallan y hallaron siempre porque no se van a buscar aunque por codicia de palos de buena madera en las Isletas han descubierto muchas casas y sepulcros llenos de estos mirrados» (Gómez Escudero, 2008, p. 431).

Será en la segunda mitad del siglo XIX, con el inicio de la arqueología como disciplina científica, cuando la necrópolis empiece a ser objeto de diversas intervenciones, dirigidas principalmente a la obtención de restos craneales, lo que daría lugar a diversas descripciones y referencias sobre este espacio en algunas de las publicaciones de la época. La mayor parte de estos trabajos se inscriben en el marco de los estudios de antropología racial que dominaron la arqueología de Canarias hasta entrado el siglo XX, lo que determinó la búsqueda y acopio de restos óseos, y muy especialmente de cráneos, sobre



### El Museo Canario: un museo vivo

los que poder realizar análisis morfométricos que permitieran clasificar en tipos raciales a la población aborígen. La necrópolis de La Isleta fue uno de esos espacios de los que trataron de recuperarse evidencias óseas. Parte de los restos obtenidos –especialmente cráneos, por las razones aludidas– fueron enviados por Berthelot, Chil, Ripoche o Verneau a centros como la Sociedad de Antropología de París o el Museo de Historia Natural de la misma ciudad para su estudio, de forma que en la sede de esta última institución se conserva hoy, según su base de datos, un total de doce cráneos y un esqueleto. Se trataba de entidades de referencia en los estudios de antropología física racial del momento, de las que formaban parte o con las que se relacionaban muchos de los investigadores que en esas fechas trabajaban en la arqueología del archipiélago.

Son, por tanto, las descripciones elaboradas por algunos de esos autores las que proporcionan información sobre cómo era el enclave funerario de La Isleta. De entre ellas destaca la ofrecida por el antropólogo y médico francés René Verneau, en su artículo «Sur les anciens habitants de la Isleta», publicado en 1881. En él aporta la que probablemente sea una de las descripciones más completas que se conservan de este yacimiento. Señala el autor que las tumbas, siempre individuales, estaban integradas por un cajón de piedra sobre el que se erigía un montículo de escorias volcánicas. Este cajón o cista tenía una morfología rectangular con dimensiones variables de en torno a 2 m de longitud por 50-60 cm de anchura. En su interior se disponía el cadáver envuelto en tejidos, un amortajamiento que deduce de los abundantes fragmentos que se conservaban en las sepulturas. En cuanto a los sistemas de cierre, apunta que las referencias de Sabin Berthelot al uso de grandes tablones sobre los que apoyaban las piedras de la superestructura era una práctica que ni él ni Diego Ripoche y Torrens habían podido documentar. El cerramiento se resolvía mediante la disposición de bloques de piedra que apoyaban en las paredes laterales de la cista. En ciertas ocasiones, cuando estas piedras no alcanzaban la suficiente longitud, el autor describe el

uso de ramas de madera con un extremo ahorquillado, dispuestas en uno de los extremos para servir de sostén al túmulo propiamente dicho o montículo de piedras. Insiste en la ausencia de cualquier objeto asociado al cadáver a manera de ajuar u ofrenda, cuestionando las alusiones de Berthelot al hallazgo de cuentas de arcilla, punzones de hueso o industria lítica.

Verneau llama también la atención sobre la considerable extensión de este cementerio y las diferencias en la morfología y dimensiones de las tumbas. Frente a túmulos que superaban el metro y medio de altura y con formas regulares («cúbicas»), principalmente localizados en la zona oriental de la necrópolis, otros, sobre todo los ubicados al oeste, ofrecían menores dimensiones y formas más irregulares. Insiste también en la degradación que sufrían los restos humanos, que, por la configuración arquitectónica de los túmulos, quedaban expuestos a las condiciones atmosféricas. Tales circunstancias impidieron al autor contar con una muestra craneal amplia para el análisis de la población aquí depositada, lamentando que, a pesar del elevado número de túmulos en los que intervino, solo consiguió recuperar once cráneos y algunos huesos largos.

De destacar es también la descripción que la viajera de origen irlandés Olivia M. Stone recoge en su libro de viajes a las islas *Tenerife y sus seis satélites*, a raíz de la visita que su marido John Harris Stone realizara a la necrópolis en 1883 y a la que ella no pudo asistir por hallarse enferma. Los datos que ofrece vuelven a incidir en los mismos aspectos ya destacados por Verneau en su artículo de 1881. En este sentido, las diferencias entre sepulturas debían de ser notables, pues llamaban la atención del viajero: «Aquí, al igual que en Agaete la gran diferencia entre el tamaño de los montículos era lo más destacado. Los mayores eran hasta seis veces más grandes que los más pequeños. Algunos de los grandes, en lugar de tener la habitual forma oblonga, eran circulares» (Stone, 1995, p. 208). Finalmente, son de destacar las semejanzas que observó con respecto a la necrópolis tumular de Agaete,





### El Museo Canario: un museo vivo

con la salvedad del empleo en esta última de piedras rojas que coronan y marcan algunos túmulos, y que en el caso de La Isleta estaban ausentes.

La singularidad del espacio seleccionado para su instalación y la cuantía de sepulturas que aglutinaba son también elementos resaltados en el texto de Olivia Stone: «En total debía haber varios cientos de montículos en este cementerio... La elección de este terreno tan poco atractivo, compuesto en su totalidad por las piedras más toscas que es posible encontrar en un terreno volcánico, podría tal vez deberse a la singularidad del lugar, a la gran diferencia existente entre él y el terreno que lo rodea» (Stone, 1995, p. 208).

El deterioro en el que la necrópolis se hallaba ya en estas fechas queda de manifiesto a raíz de la denuncia que la autora hace del expolio al que se encontraba sometida, augurando que, de continuar, el enclave se vería abocado a la desaparición. Gracias a la cámara de los Stone, hoy se conserva la imagen de parte de este cementerio; de ella existe una copia en papel en el archivo de fotografía histórica de Canarias de la FEDAC, a cuya digitalización puede accederse en abierto (<https://bit.ly/3jBsB1t>).

Sobre las dimensiones de la necrópolis, resulta imposible conocer con certeza el número de sepulturas que la conformaban. Además de la referencia citada de Olivia Stone a varios centenares, Diego Ripoché afirmaría, en un artículo publicado en la revista *El Museo Canario* en 1880, haber intervenido más de doscientos túmulos.

En definitiva, las descripciones de investigadores y viajeros ponen de manifiesto las características que los actuales trabajos documentan para esta fórmula funeraria. Paisaje, dimensiones, jerarquización de sepulturas o amortajamiento del cadáver son cuestiones reiteradas por los autores que intervinieron o visitaron la necrópolis.

### *Osteobiografía y tiempos*

Tras lo dicho, podemos afirmar que la persona que centra esta Pieza del Mes vivió en un ambiente en el que ya se encontraban consolidadas unas relaciones sociales asimétricas y jerarquizadas, derivadas de unos procesos de reestructuración que habían tenido lugar unos cuatro siglos atrás. La necrópolis en la que su cuerpo fue enterrado materializaba esa realidad. Su vida se distanciaba, pues, de las primeras generaciones de canarios que habían poblado y habitado la isla. Sin embargo, el cementerio de La Isleta en el que su cuerpo yacía pronto caería en desuso, abandonándose igual que los restantes recintos tumulares, al abrirse paso nuevas prácticas funerarias.

Efectivamente, por las fechas en las que este hombre vivió, tuvo que asistir a la progresiva implantación de unas nuevas arquitecturas domésticas y funerarias que ocupaban muy especialmente las áreas litorales de la isla. Se trataba de grandes poblados de casas de piedra en cuyas proximidades se abrían los cementerios de cistas y fosas. Habría visto cómo esos nuevos asentamientos explotaban los recursos del mar intensamente y cómo se abrían grandes y complejos graneros en los que se almacenaba la creciente producción agrícola que proporcionaba el cultivo de las fértiles vegas de barranco en los que estratégicamente se instalaban aquellos nuevos poblados. Fueron procesos de reestructuración que no estuvieron exentos de tensiones y de conflicto, desembocando en muchos casos en enfrentamientos intergrupales y en un incremento de la violencia letal que dejó su huella en los restos óseos de este periodo. Y tal vez fuera este el contexto que explique los traumatismos que se identifican en su cráneo (fig. 5). Son lesiones cicatrizadas, infligidas a raíz de uno o varios enfrentamientos interpersonales cara a cara. A juzgar por la localización, características y severidad que presentan, no parece que el objetivo final fuera causarle la muerte.



**El Museo Canario:  
un museo vivo**



Figura 5A. Traumatismo contuso cicatrizado en el frontal.



Figura 5B. Traumatismo contuso cicatrizado en el parietal derecho.

Especial interés reviste la fractura nasal (fig. 6), pues se trata de un tipo de fracturas principalmente documentado en el segmento de población masculina. Este hecho, unido a que una proporción significativamente mayor de hombres que de mujeres experimentaron traumatismos por violencia, nos permite adentrarnos en otra cuestión, como es el rol que la violencia pudo tener también en la construcción de las identidades masculinas en la sociedad de los canarios.

En cuanto a su salud oral, responde al patrón registrado para una amplia muestra de población aborigen, con presencia de caries y avanzado desgaste. Ambas condiciones están relacionadas con una dieta rica en hidratos de carbono como los aportados por los cereales e higos, alimentos cuya composición propicia la formación de caries. Por su parte, el procesado de la cebada y el trigo para la obtención de gofio mediante el empleo de molinos hechos de piedra conferiría a este alimento una cierta abrasividad, debido a la

disgregación que la piedra del molino experimenta durante el proceso de molienda.



Figura 6. Detalle de la fractura nasal, que originó un pronunciado desplazamiento del hueso. La lesión se encuentra cicatrizada.

Los restos óseos procedentes de la necrópolis de La Isleta depositados en El Museo Canario –aunque numéricamente limitados por los problemas de preservación en los contextos tumulares– han formado parte de diferentes proyectos de investigación desde que fueron recuperados a finales del siglo XIX. Entre los más recientes se encuentran los análisis de dieta, cronologías, marcadores de actividad física o huellas de violencia, que aportan una rica información que ha contribuido a profundizar en el conocimiento de los canarios. La perspectiva diacrónica desde la que en los últimos años están abordándose muchos de estos estudios, nos permite ofrecer lecturas de mayor alcance que prestan especial atención a los desarrollos históricos, como ha pretendido ofrecerse en esta Pieza del Mes.





**El Museo Canario:  
un museo vivo**



ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M. A. «The end of a long journey: tumulus burials in Gran Canaria (Canary Islands) in the second half of the first millennium AD». *Azania: Archaeological research in Africa*, 56 (3) (2021), pp. 281-303.

BERTHELOT, S. *Etnografía y anales de la conquista de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1978.

GÓMEZ ESCUDERO, P. «Libro segundo prosigue la conquista de Canaria». En: MORALES PADRÓN, F. (ed.). *Canarias: crónica de su conquista*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008, pp. 383-468.

**Bibliografía**

RIPOCHE Y TORRENS, D. «Dos palabras sobre algunos puntos de la obra Antigüedades Canarias, S. Berthelot». *El Museo Canario*, t. II (1880-1881), pp. 340-345.

STONE, O. *Tenerife y sus seis satélites*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995.

VERNEAU, R. «Sur les anciens habitants de la Isleta (Grande Canarie)». *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 3e série, tome 4 (1881), pp. 737-746.

Autora de la ficha:  
Teresa Delgado Darías  
(conservadora de El Museo Canario)



**El Museo Canario:**  
**un museo vivo**

**Galería de imágenes**



Figura 1. Cráneo de hombre adulto procedente de la necrópolis de La Isleta.





**El Museo Canario:**  
**un museo vivo**

**Galería de imágenes**

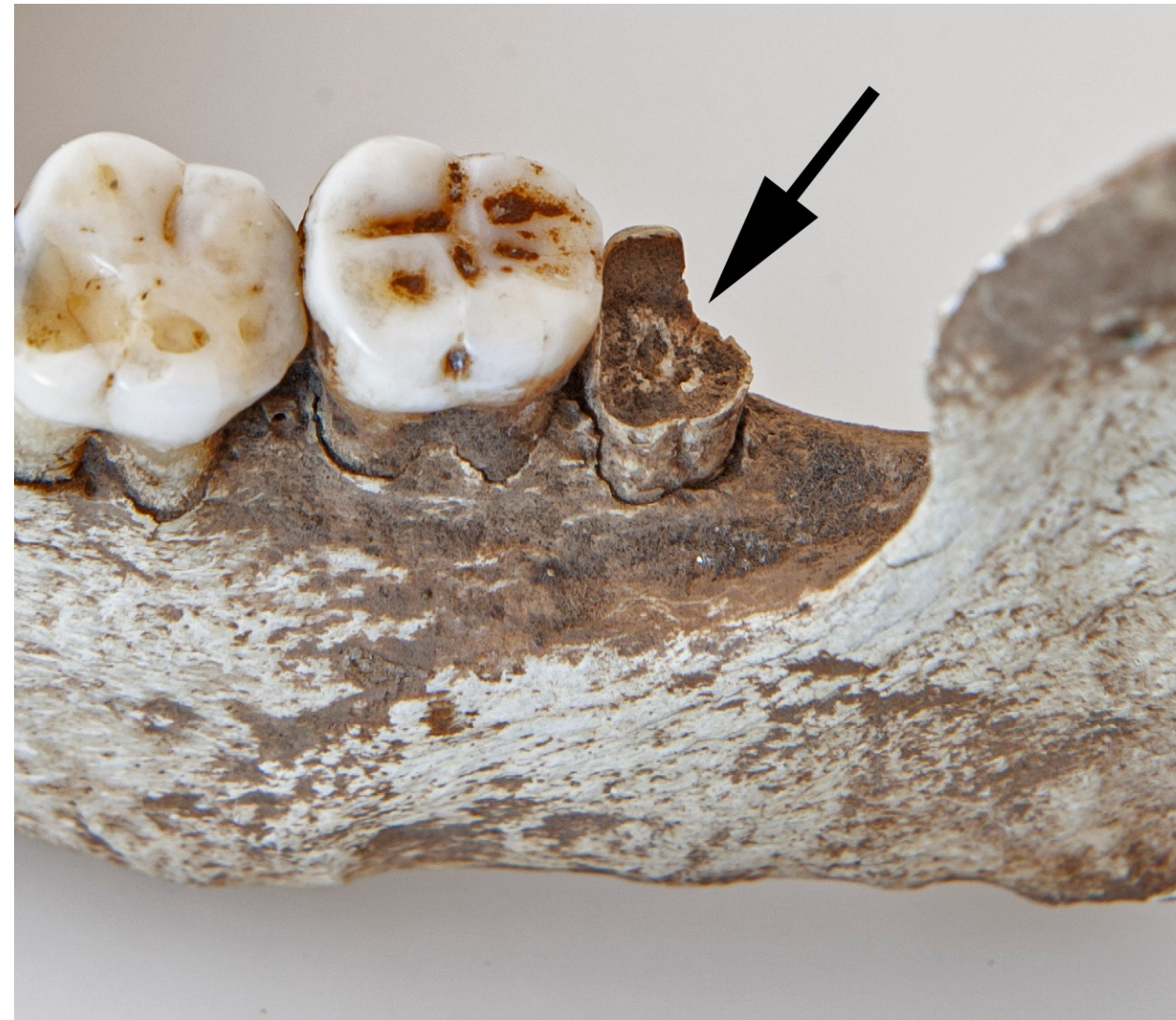


Figura 2. Caries en el tercer molar de la mandíbula, que provocó la destrucción de la corona.





El Museo Canario:  
un museo vivo

Galería de imágenes

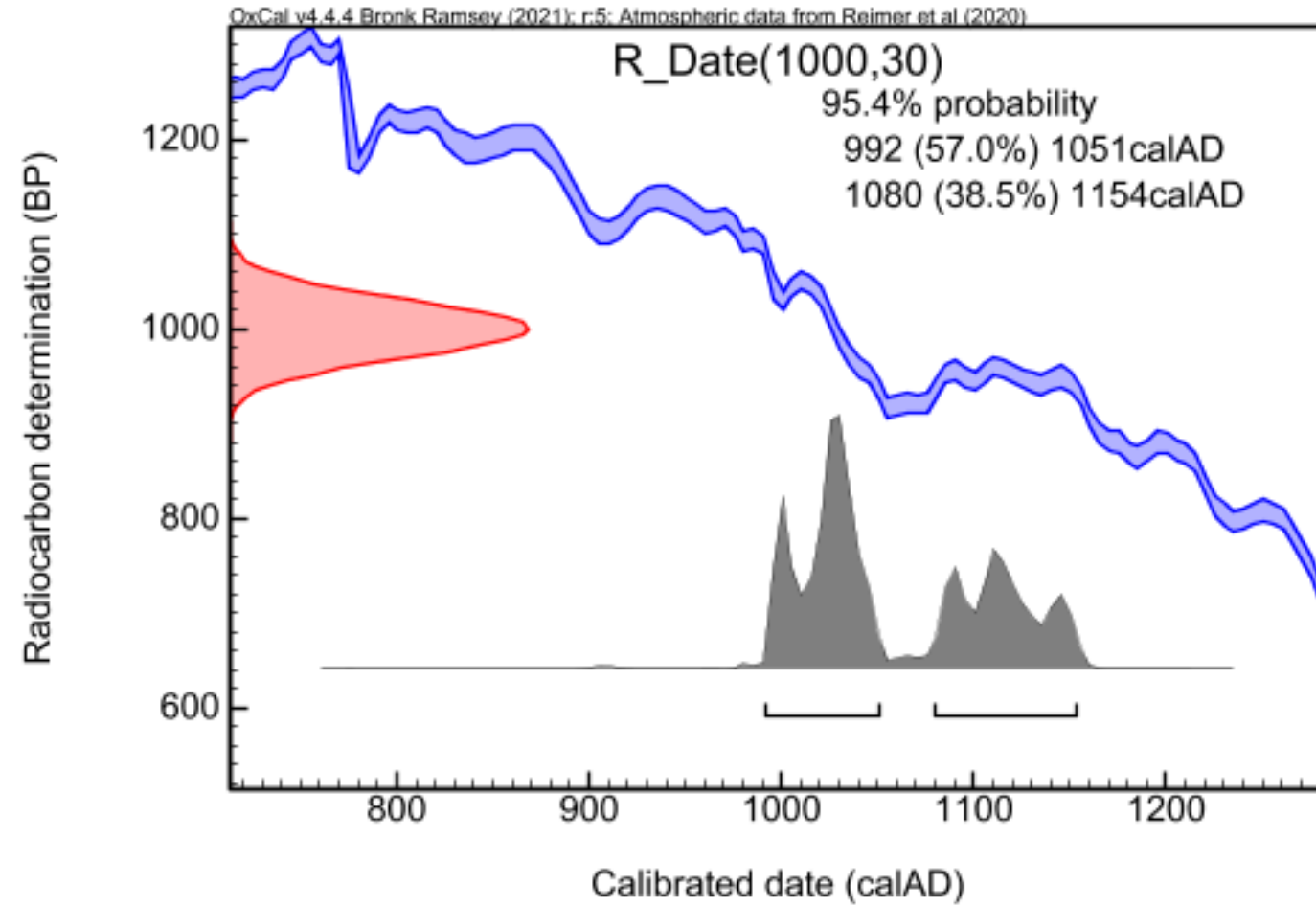


Figura 3. Datación calibrada del cráneo. La fecha se obtuvo mediante datación por radiocarbono a partir de un pequeño fragmento de hueso tomado de la base del cráneo, que fue procesado en el laboratorio Beta Analytic.



El Museo Canario:  
un museo vivo

Galería de imágenes

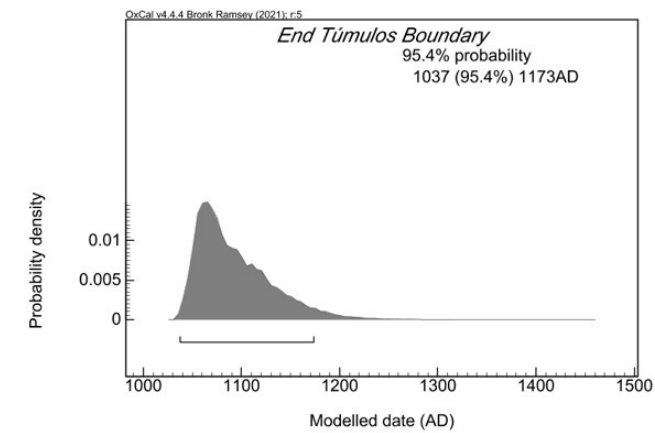
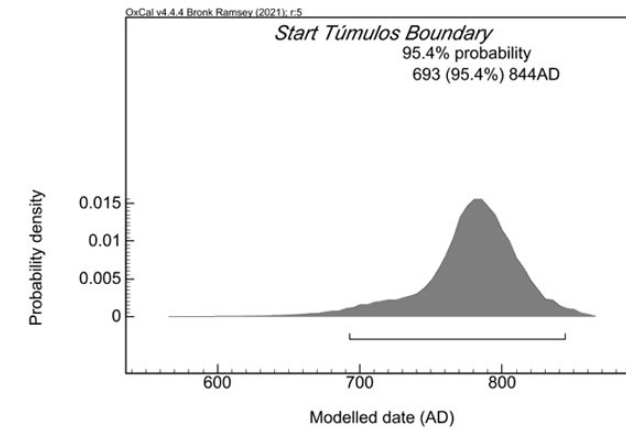
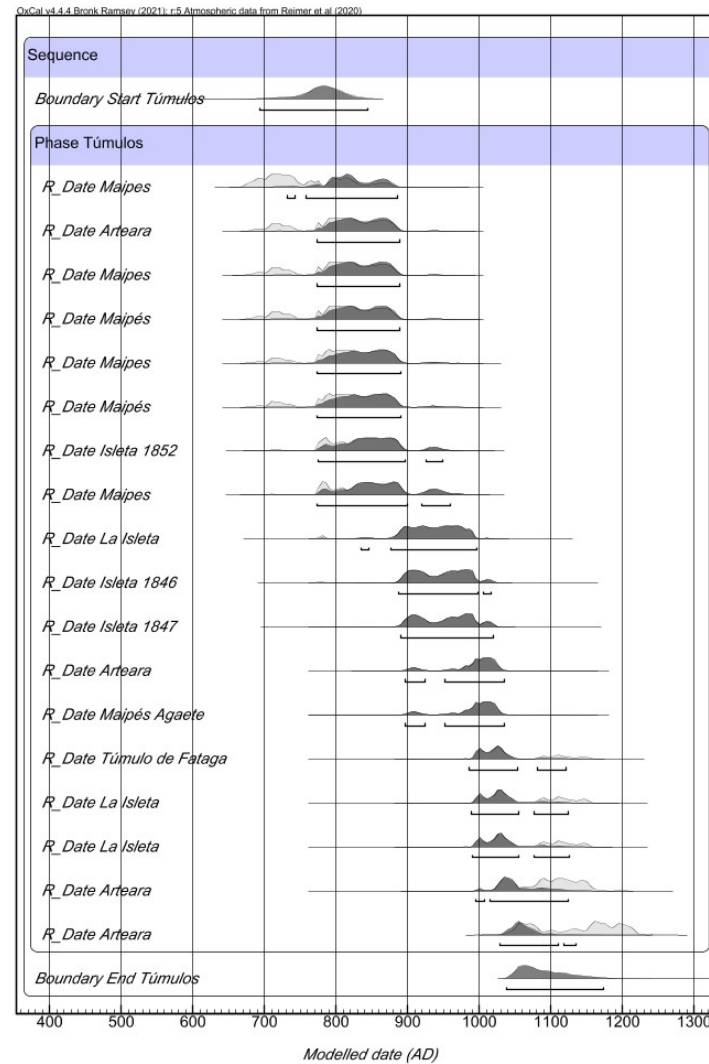


Figura 4. Modelado bayesiano de fase del conjunto de dataciones radiocarbónicas disponibles para las necrópolis de túmulos, con estimación del intervalo de inicio (arriba) y fin (abajo) de la actividad tumular (OxCal v4.4). Este análisis estadístico permite apreciar cómo el fenómeno tumular tiene un desarrollo temporal muy concreto, sin que existan precedentes en fechas anteriores al siglo VII.





**El Museo Canario:**  
**un museo vivo**

**Galería de imágenes**



Figura 5A. Traumatismo contuso cicatrizado en el frontal.



Figura 5B. Traumatismo contuso cicatrizado en el parietal derecho.





**El Museo Canario:**  
**un museo vivo**

**Galería de imágenes**



Figura 6. Detalle de la fractura nasal, que originó un pronunciado desplazamiento del hueso. La lesión se encuentra cicatrizada.

